

arla. Ni debemos asustarnos de lo que suceda. Ni debemos, tampoco, obstaculizar los impulsos del pueblo que ha ganado la batalla. Mucho dolor y mucha sangre está costando el ataque criminal de las derechas, para que alguien pueda imaginarse que todo seguirá en España como estaba el 18 de julio. La nueva organización social de la República; el abatimiento económico de la reacción, la más cruel y la más cerril de Europa; lo que venga, en todo caso, será siempre menos malo que lo que hemos tenido: ¡Taconeo insolente de botas militares y humillación y miseria de las masas trabajadoras!

Respecto al nombre de fascismo con el cual se cobija la reacción, externa Companys los siguientes conceptos: «Hitler y Mussolini han tenido que pregonar el mejoramiento de los trabajadores, ofrecer ciertos postulados de justicia social, llegar a la estatización de determinadas industrias. De esta manera, y a base de nacionalismo, han arrastrado legiones de juventud dinámica que defienden, por lo menos, una ideología: agresiva, imperial, es cierto, pero al fin nacionalista. Aquí, por el contrario, se trata de un movimiento conservador, estático, contrahecho. ¡Militares, clero, terratenientes, aristócratas y mercenarios africanos que pelean por ellos! ¿Qué estructuración cultural, espiritual o material pueden tener? Solamente los guía un impulso: desprecio y odio a «la chusma de alpargatas».

«Contra ese «fascismo» nos mantendremos en pie hasta dominarlo. Tengo cincuenta y tres años. He luchado desde mi juventud. He ido a la cárcel varias veces. Nada vale mi vida sino para cumplir con mi deber de hombre y con mi deber de gobernante. El 19 de julio pude haberme fugado en avión, pero preferí acompañar al pueblo en la lucha sangrienta para darle ánimo. Si me hubiesen muerto habría coronado honrosamente mi labor. ¿Qué más hubiera querido? ¡Y que nos insulten y difamen los pretorianos y sus defensores! Dentro de medio siglo se hará plena justicia a los que fuimos leales y abrimos el camino para que se organizara en España un nuevo orden social, menos injusto, menos cruel, más acorde con un alto sentido de humanidad».

Estas fueron las últimas palabras de don Luis Companys, cuando ya estaba yo de pie, con el sombrero en la mano, después de un fuerte abrazo y de una despedida cordialísima.

### Lo que opina don Fernando de los Ríos

Segunda semana de septiembre de 1936. Trabajo agobiador en la Embajada de España en París. El poeta Luis Cernuda, la escritora Concepción Albornoz, los funcionarios de más alta categoría y los que desempeñan comisiones o puestos de menor importancia, todos están animados por la fe republicana, por la esperanza en el triunfo del Gobierno democrático. Su labor se hace más difícil en un ambiente en el que dominan e impresionan al público las informaciones falsas de los grandes periódicos capitalistas.

He hablado varias veces con don Fernando de los Ríos, quien apoyando su palabra mesurada en un hondo conocimiento del espíritu español, se refiere a la brutal acometida de los espadones. Opina el ilustre escritor y maestro que este golpe de militares está condenado al fracaso, porque no es un movimiento nacido de la entraña popular. «Recuerde usted—me dice—que en mi patria no triunfa sino aquello que está íntimamente vinculado con el pueblo. No hemos tenido aristocracia en el sentido griego de la palabra. Y ello hace imposible que entre españoles pueda afianzarse una tesis antidemocrática, sostenida o impuesta por minorías privilegiadas».

Escuchando las frases de este gran educador de varias generaciones, pienso cómo es verdad que en su tierra no tiene arraigo sino lo que produce el demos. Eso es lo perdurable, lo que vive a pesar de los años y de los siglos, y no lo que gira en torno de señoritos jaraneros ni de la espuma aristocrática. Los más altos símbolos del pensamiento, de la cultura, del arte, de la política; los conquistadores y los colonizadores de América; la obra,

en suma, de la España creadora y eterna, surgió siempre del pueblo. Y eso explica que en Madrid, en Barcelona, en Valencia y demás capitales de la península conozcan hasta los más humildes ciudadanos, y los consideran como propios, a valores consagrados por la fama que no nacieron precisamente en cuna de oro.

En cambio, y esto pude constatarlo, nadie que no sea un erudito o un historiador sabe la biografía de los numerosos príncipes enterrados en El Escorial. Los Carlos, los Fernandos, los Felipes, los duques y las infantas de Orleans, las mujeres de Austrias y de Borbones, los yernos, cuñados, sobrinos y nietos de los distintos monarcas, unos de Hungría, otros de Saboya, éstos de Baviera, aquéllos de Montpensier o de Neuburg, son nombres que no suenan en España.

Acaso por su estatura de pensador, por su intensa obra españolísima, se venera la memoria de don Alfonso X el sabio. Allí está, en la Plaza de Oriente, frente al Palacio Real, en mármol de Carrara, acompañado de varias reinas de Castilla: doña Urraca, doña Blanca, doña Berenguela. ¡Y codo a codo, también, con aquellos fantásticos reyes que se sucedían en el poder destruyéndose unos a los otros, así llevarán en las venas la misma sangre: los monarcas visigodos Recaredo, Leovigildo, Liuva, Tendiselo, Ordoño, Wamba, Atamagildo!

La conversación con el docto de los Ríos, perdida en la lejanía y en la hondura de la historia española, ha vuelto a la tragedia actual en que están muriendo miles de hombres por esa democracia que ancestralmente han sentido. Y hablamos de nuestras repúblicas hispanoamericanas y de las colonias españolas que en ellas residen. «De Francia sólo nos separan los Pirineos. Sin embargo, a pesar del océano, estamos más cerca de ustedes que de esta tierra francesa». Y agrega don Fernando, en relación con la actitud de nuestros países en el conflicto español:

«No es posible que las democracias de América, ni los españoles que han podido vivir y prosperar lejos de una patria en que la injusticia los ahogaba, estén de acuerdo con la rebelión de los militares. Tal vez la distancia y la publicidad tendenciosa no les permitan juzgar ni comprender el momento actual de España. Junto a la rebelión ha estallado la revolución, provocada y acelerada por quienes gozaban de todos los privilegios; no por el pueblo que no hace más que defenderse heroicamente del ataque. Este movimiento, el más hondo que hemos sufrido, es el crisol dramático de la España nueva que ya alborea».

### ¡Cobardía frente a Hitler y a Mussolini—exclama Jean Cassou!

Hablo esa misma tarde con Jean Cassou, quien se muestra intensamente conmovido por el asesinato del poeta García Lorca y por los fusilamientos en masa que están llevando a cabo los verdugos del pueblo español. En conversación anterior que con el gran escritor francés había tenido, en su oficina del Ministerio de Instrucción Pública, expresó su sentimiento por la actitud del Gobierno de León Blum. Para Jean Cassou las democracias europeas están acobardadas frente a las dictaduras de Hitler y de Mussolini.

«Si queremos oponer una barrera a los avances del fascismo, Francia, España, la América Latina, deben unirse, comprenderse, ayudarse, formar una entidad ideológica, vivir la verdadera democracia que ya no es la misma del siglo XIX». Recuerda que hace un mes le dijo el Presidente Azaña: «Es ahora que se empieza a derrumbar la monarquía». Y lamenta Cassou, una vez más, que el Gobierno de Francia no ayude al Gobierno de España, «a sabiendas de que la rebelión de los militares no va enderezada solamente contra la República, sino que es un feroz y criminal ataque de los privilegiados contra la inmensa mayoría de los trabajadores españoles».